

Veinte años después se rehúsa a morir

Han pasado veinte años desde la muerte de Jean-Paul Sartre, y este arquetípico filósofo francés, impulsor de la generación perdida de los sesenta se rehúsa a morir definitivamente. El dios de los existencialistas, el icono parisino del mayo francés, el bohemio, el escritor, el novelista, el filósofo por excelencia del siglo XX, está de nuevo entre nosotros.

Por — Pablo Ney Ferreira —

Y ha regresado entre otras cosas porque los franceses no dejan morir su pasado, y tienen una particular habilidad para convertirlo en grandeza. Por supuesto que también hay en esto una gran dosis de nostalgia, un remordimiento, una sensación de haber hecho algo incompleto, como si la obra de este famoso filósofo todavía no haya sido suficientemente valorada, permaneciendo oculta detrás de la avasallante y polémica personalidad de su autor.

Nacido en 1905, en París, Jean Paul Sartre estudia con Raymond Aron, Merleau-Ponty y Paul Nizan, saliendo con el número 1 de su promoción —Simone de Beauvoir era la número 2— en 1929. Da clases, escribe, durante un año —entre 1933 y 1934— vive en Berlín y en 1938 publica *La náusea*. Prisionero en 1940, liberado en abril de 1941, da a conocer al mismo tiempo, en 1943, su teoría existencialista en *El ser y la nada* y su talento como autor teatral con *Las moscas*. En 1948, con *Las manos sucias*, propone el modelo de intelectual comprometido y no rompe con el Partido Comunista hasta 1957, aunque su afinidad con los comunistas en esos momentos le haya costado la amistad de Albert Camus.

Un periodista francés, llamado Octavio Martín dice que si hoy reunieran todos los sartrólogos, sartrófilos, sartrianos, sartrólatras, sartristas y sartrisantes cabrían en un taxi. Es posible que esto sea así, se dice que hay autores que tienen un duro pasaje por el purgatorio de la historia previo a la fama y el reconocimiento póstumo. Parece ser que por fin ha llegado nuevamente la hora de Sartre, el fin del eclipse de Sartre.

Sartre vuelve; al menos así parece indicarlo una especie de onda que se ve venir a partir de esta primavera parisina, donde al conmemorarse los veinte años de su muerte, sus obras vuelvan a ser vocadas y expuestas en todos los escaparates y en las mesas de novedades de las abundantes librerías de la ciudad luz, y, por qué no, de gran parte de Europa. Pero todo esto ya ha comenzado. El hielo lo ha roto *Le Nouvel Observateur*, publicación que ha decidido dar el paso inicial, y acompañar a *Les Temps Modernes* en el comienzo del fin del ostracismo intelectual al que fue sometida la obra de Sartre en los últimos años. Así es que ha publicado un "especial Sartre", denominado *Sartre Revient*, donde Jean Daniel, Alain Finkielkraut y Claude Lanzmann, entre otros, comentan la obra sartreana. Se anuncian interpretaciones, revisiones, etc., pero de todas ellas *Le Siècle de Sartre* sin duda será una de las más polémicas; su autor es Bernard-Henry Lévy, un filósofo y cineasta que en los setenta publicó un libro llamado *La barbarie con rostro humano*, y que además tiene la dudosa condecoración de haber sido discípulo de Louis Althusser en la Ecole Normal Supérieure. En su libro rescata la figura de Sartre, y se manifiesta seducido por la figura del patriarca del existencialismo parisino, y dice cosas como que "existen hombres siglo y

que un hombre siglo es aquel en el que convergen todas las fuerzas, todas las intensidades de una época; un eje secreto; un imán"; lo más llamativo de to-



Ilustración GUSTAVO SERRANO

Otra vez Sartre

do esto es que el mismo autor anteriormente había atacado al mismo filósofo al que hoy rescata de las profundidades del olvido.

Hoy generalmente cuando se habla de Sartre, enseguida nos viene a la mente la conflictiva personalidad del autor, sus aventuras, su vida disipada, su adicción al alcohol y a las drogas, su curiosa vida sentimental con la genial Simone de Beauvoir, etc. pero su pensamiento, creo, ha quedado olvidado en lo que constituye una injusticia profunda.

Es cierto que existió un cierto vedetismo por parte del autor de marras, y particularmente la opinión pública lo prefiere recordar como el hombre que se equivocaba siempre; sus aventuras leninistas, estalinistas, maoístas, o defensor de Pol Pot, sus extrañas volteretas políticas han oscurecido su obra que creo que merece una mayor atención de la que se le ha dado. Esta visión de Sartre ha sido explotada al punto de que Bernard Frank ha llegado a decir: "Sartre asegura que Dios no existe. Sartre se

equivoca siempre. Erro...".

Es cierto que algunas de sus obras, sus más altas contribuciones para con el pensamiento universal, están reunidas en obras absolutamente soporí-

menos famoso pero no menos importante Bertrand Russell, personaje igualmente polémico: a cualquier persona que halla vivido en los sesenta o en los setenta su juventud, e incluso a los mayores, cuando se les viene a la mente la imagen de un filósofo, probablemente recuerden la desgarrada figura de Sartre, dando una conferencia o simplemente tomando algo en los famosos cafés de París, rodeado de su séquito de estudiantes. Fue un filósofo, un intelectual comprometido, y su compromiso a veces lo llevó a situaciones "comprometidas", precisamente de ahí su fama del eterno equivocado. El intelectual comprometido culminó con él. Los hijos del 68 francés como Foucault, Deleuze, Derrida, Lyotard, promovieron el llamado intelectual específico, que ha derivado en un izquierdismo universitario e hiperteórico, conceptualmente enriquecedor, pero completamente desconectado del espacio público, y del compromiso que había comenzado con el mítico *J'Accuse* de Emile Zola, primer manifiesto de los intelectuales del siglo XX, e inaugurador de una costumbre "manifestante" de las generaciones posteriores.

Hay una anécdota que sin embargo es un buen síntoma del respeto que siempre se le tuvo a Sartre dentro de la sociedad francesa y es la siguiente: consultado De Gaulle por su ministro del Interior acerca de la posible detención del escritor por su apoyo a la causa argelina, el general constató "On n'embaillie pas a Voltaire" (algo así como a Voltaire no se le encarecla). Esto es una de las cosas que prueba el respeto que se le tenía a Sartre y la visión de él como una de las últimas encarnaciones de los "philosophes" del siglo de las luces. Es interesante recordar que nuestro extraño personaje rechazó el Premio Nobel a él otorgado en 1964.

La figura seguirá siendo polémica, pero lo que nadie puede negarle es que fue levadura y fermento de sus días, que tuvo un protagonismo en la praxis social cotidiana en el que prácticamente ningún filósofo puede igualarlo. Sartre fue parte del espíritu de una época, nos guste o no, fue una figura emblemática para toda una generación que se equivocó igual que él, pero que no tenía la responsabilidad como creador de opinión que él sustentaba en cada una de sus apariciones.

¿Es comparable la obra de Sartre con la de los grandes de la literatura y de la filosofía de su tiempo? Pues no lo sé, pero lo que sí sé es que su obra merece una segunda oportunidad, y que ésta puede ser una de las maneras de revitalizar no sólo a Sartre, sino al alicaído existencialismo. En épocas en que el pensamiento único parece permearlo todo, la contracorriente que lideró Sartre, su estímulo para que el hombre se convierta en protagonista de la historia bien puede desembocar en vientos nuevos que conduzcan al hombre a sentirse arquitecto de su propio destino, y no una mera pieza en el engranaje de una sociedad mecánica y pálidamente emotiva. ■

feras como *Crítica de la razón dialéctica* o *El ser y la nada*, y que es cierto que, como dice Fernando Savater, a quienes nos tienta de vez en cuando entrar en terrenos farragosos, más vale la pena intentar con la *Teoría de la justicia* de John Rawls, que con los pesados mamotretos de Sartre.

Pero es que la extensa obra del famoso francés es más rica que la más propiamente filosófica; de él dirá Jean D'Ormesson en un comentario necrológico: "Más que una obra definitiva en algún campo, nos deja múltiples pruebas de un inmenso talento". Sus novelas, sus obras teatrales, sus contribuciones a las revistas (particularmente en *Les Temps Modernes*), su famosa y sintética conferencia denominada *El existencialismo es un humanismo*, contribuyeron a distribuir, a difundir sus ideas entre el público en general, saltando de las cátedras universitarias para entablar discusiones en el ágora pública cotidiana.

Sartre fue el prototipo del filósofo del siglo XX, probablemente junto al